Bolívar es un hombre portentoso. Cuando se platicó en las plazas de Atenas en la exultación de sus brillantes triunfos, cuanto soñó Platón de sublime y bello, todo lo realizó él. Pasó por la tierra como un relámpago, porque sus días fueron cortos, y asombró el cielo de las grandezas humanas. Tuvo la celeridad de Alejandro, la elocuencia gracios a de César, el cálculo profundo de Napoleón; y sin embargo, ni domínó a Roma, ni sojuzgó a Europa, ni nació a Asia, sino que desató al mundo. Con su espada y con su genio dividió la historia en dos mitades, y se colocó él y colocó a su obra en la mitad del derecho, de que fué adalid, amparo y numen. Purificó el templo de la gloria, de donde lanzó a los tiranos, emancipó de la fuerza a las ideas; y tan extraordinaria se alza su figura en la corriente de los siglos, que si alguna vez las sociedades llegan a envolverse de nuevo en tinieblas y errores, se volverá la vista a él, como a un evangelio para la doctrina y como un faro para la luz. El día que la libertad tenga su Olimpo, él será el júpiter; el día que el tiempo presente tenga pueblas, él será el mito; el día que la política universal tenga sistema planetario, él será el sol.—Cecilio Acosta.

Astro fué de vivísima luz, que al despuntar en su aurora, dibujó con esplendores de iris sobre el cielo de la Patria los deliciosos matinales paisajes de la libertad; abrazó con rayos de fuego en su esplendido medio día, para fecundar en las inteligencias y en los corazones la idea y el sentimiento que habían de constituir la flora moral del porvenir americano; y desaparecido luego a su ocaso....os he mentido, vive todavía, porque lo han recogido en su seno todos los corazones de la América, en su memoria todas las naciones, en su historia el universo, para saciar, en la contemplación de su grandeza, todas las ansias del amor y de la admiración de que es capaz el alma humana.—Allá se le ve en la batalla, con sus ojos de relámpagos, su voz de clarín y su espada de arcángel, atravesar como la fantasma terrible el campo de los desastres, envuelto en nube negra que le sirve de ropage siniestro, para abrir con la punta del acero a sus legiones el derrotero de la victoria. Huracán desenfrenado que arrasaba los obstáculos y estremecía la tierra, trueno formidable que, después de haber purificado todos los cielos de Colombia, se lanzó en alas de revoltoso torbellino a las regiones del Pacífico, para descargar sobre las cúpulas del templo del Sol los rayos que le sobraron en Carabobo. Titán era que aplanaba los Andes bajo su planta, y haciendo del Chimborazo un sitial entraba en coloquios de familia con el Tiempo y el Destino. Disuelvan otros Parlamentos, él convocaba Congresos. Abogen otros la República entre los brazos de la gloria, él fundaba la suya en crearlas por doquiera y en darles por fianza su prestigio y su poder. Degüellen otros a los pueblos, él los educaba para la libertad. Dividanse otros los territorios para tiranizarlos y explotarlos; él reunía a todo un mundo en la poderosa unidad de la democracia, y esclavizándolo entre sus brazos paternales, la dejó consagrada con el ósculo de su genio para ser el asiento de la futura civilización, con el culto del derecho humano, la filosofía de la justicia, la ley permanente del progreso, el pueblo con su soberanía, la razón con sus fueros inviolable la conciencia, santa la vida, embobedecido el hombre sobre el trono de la dignidad personal. Esa es la grande obra continental de Bolívar, la que ha elevado su talla hasta los cielos y lo ha convertido en objeto de la estupefacta admiración de los siglos, con la grandeza de su alma y la superposición de sus magníficos hechos sobre el basamento de la Historia que le había precedido, él construyó una nueva cumbre de gloria a que jamás había ascendido mortal alguno, para dejarla como término de las más sobrehumanas y nobles ambiciones humanas. Era tan alta, que colocado sobre ella como el Semidiós de los tiempos modernos, sintió posesión su alma de supremo dueño por toda elevación que no surgiera de la libertad de los pueblos, y le asaltó el inmenso temor, la nobilísima cobardía de que pudiesen rebajar su eminencia al nivel de la plataforma en que descollaba Napoleón.—Eduardo Calcaño.—Ve, lix como el relámpago, ardiente y luminoso como el sol, reflejó todo el brillo de su alma sobre las vastas sociedades de la América, al escalar los Andes para ir a vengar la patria de los Incas. Toda su vida fué una gran batalla contra trescientos años de muerte y de tinieblas; y necesitó de todo el calor de su alma, para reanimar el inmenso cadáver de un mundo.—Madiedo.—Tipografía de José Rafael Fobres Cordero.

... Colombianos! Habeis pensado en mis esfuerzos para planear la libertad donde reinaba antes la tiranía? He trabajado con desinteres, sin abandonando mi fortuna y sin mi exaltación? Me separé del mando cuando me he retirado? ¿Que desconfiaba de mi desprendimiento? ¿Que he dejado ahora de vuestra credulidad, y que he dejado de ser amado? ¿Que he sido víctima de mis perseguidores? ¿Que he sido acusado a las puertas del sepulcro? ¿Que he perdonado? Al desaparecer de mi medio de vosotros, yo cumplo con el deber que debo haceros de manifestaros de mis últimos deseos. No aspiro a otra divisa que la consolidación de Colombia. Todos debeis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos, obedeciendo al actual gobierno, para librarse de la anarquía: los ministros del Santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando la espada en defender las garantías sociales. Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte para que cesen los partidos, y se consolide la unión, bajaré tranquilo al sepulcro. ¡Viva Simón Bolívar! ¡Diciembre 11 de 1830! Mi querido General. Los últimos momentos de mi vida, le escribiré para rectificar a U. mis deseos afecto y consideración, conciliar de bona fide con el General Santander, y que se reuna, del actual Congreso, la representación constituyente. Mi consolación es que U. no me separa de este sistema homenaje a la amistad. Es solo con el sacrificio de sus intereses personales, que se puede salvar Colombia, impedir la anarquía. El porvenir de esta que es su amigo, rectificará a U. Me da el gusto de publicar mi testamento en favor de la unión del ordenado U., mi querido General, el último adios y el corazón de su amigo Bolívar. Al Señor General Justo Briceño.—¿Por más tiempo que viva nunca se me olvidará el martirio de lo que presencié. El Cura de la aldea de Mamatoco cerca de San Pedro, acompañado de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche, a pié, llevando el viático a Simón Bolívar. ¡Qué contraste! ¡Un humilde sacerdote y de esta latina a quien era trabajo solo su carácter de ministro de Dios, al séquito y aparatos propios de la iglesia, llegarse con los con suelos de la religión a un primer hombre de Sur América, al libertador y fundador de Colombia! ¡Qué lección para confundir las vanidades de este mundo! Esta dibanos todos los circunstantes impresionados por la gravedad de tan imponente acto. Acabada la ceremonia religiosa, luego se retiraron Notario Catalino Noguera en medio del círculo formado por los frailes Mariano Montilla, José María Carreño, Laurencio Silva, militares de alto rango, los Sres. Joaquín de Mier, Manuel Ujueta y varias personas de respetabilidad, para leer la alocución dirigida por Bolívar a los colombianos. Apenas pudo llegar a la mitad de la conmoción no le permitió continuar, y le fué preciso ceder el puesto al Dr. el Secretario, a la sazón Auditor de Guerra, quien pudo concluir la lectura: pero al acabar de pronunciar las últimas palabras ya bajaré tranquilo al sepulcro, ¡los ojos del orador desde su estado, dijo con voz ronca: ¡Si, yo quisiera llevar conmigo el quebranto de que perpetuamente anjidos!" Al oír esta palabras que parecían salir de la tumba, se me cubrió el corazón: y al ver la contracción pálida en el rostro de los circunstantes a cuyos ojos se asomaban las lágrimas, tuve que apartarme del círculo para ocultar las mi es, que no se habían arrancado otras muchas más patéticas. Dicen, sin embargo, que los médicos carecen de sensibilidad... Llegó, por fin, el día enlutado, 17 de Diciembre de 1830. Me acosté en la cabecera, teniendo a mi mano la del Libertador, que ya no hablaba sino de un modo confuso, sus facciones expresaban una perfecta serenidad: aun un dolor o cesía de padecimiento se reflejaban sobre su noble rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso de frémito casi insensible, y que de manera era inminente, me asomé a la puerta del aposento, y llamando a los Generales, Edecanes y demás que componían el séquito de Bolívar: "Señores, exclamé, si quereis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo". Concluí la mentira: ya rodeado el lecho del ilustre enfermo, y a pocos minutos exhaló su último suspiro Simón Bolívar.—A. F. Reyes.

SIMÓN BOLÍVAR

HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

El busto de Bolívar ha sido formado con el texto de su última Alocución dirigida a los colombianos y el de su última carta para el Gral. Justo Briceño, y con fragmentos de la Relación de los últimos momentos del Libertador por el Dr. Reverend. El óvalo que circunda la veneranda efigie está formado con párrafos sobre la gloria de Bolívar por Cecilio Acosta, Eduardo Calcaño y M. M. Madiedo.

Tip. "El Lápiz"

MERIDA—VENEZUELA